

que no solamente es imposible encontrarlas en toda la Medicina, sino que si se le preguntase el modo, con que las conoce, él mismo no sabría responder. Pues este acierto, y tino de la imaginativa vale mas que todos los conocimientos especulativos, y muchos años de Universidad. Si el Médico carece de este acierto, aunque por otra parte sepa todos los aforismos de la facultad, todo el mundo abominará de él, y huirá de sus manos. El propio, y verdadero nombre, que Galeno da al Médico, es *inventor occasionis*: y ciertamente que el atinar con la ocasion, y con el tiempo, en que ha de aplicar los remedios, mas es obra de la imaginativa que del entendimiento. Muchos, que no saben discernir entre la práctica, y especulativa, se admiran de que algunos de mucho entendimiento, y mayor estudio, quando se ponen á curar un enfermo, yerren tanto, como si tuviesen los ojos vendados: pero cesará toda su admiracion al considerar, que el ingenio con que procede la práctica, es enteramente contrario al que pide la especulativa; y así vemos algunos Médicos, que sin tanto estudio, y con una sola ojeada, que echen al enfermo, hacen curas prodigiosas.

El no corresponder en la Medicina el acierto de la práctica con el mucho estudio de la especulativa ha sido, á mi ver, la causa de que en diversos tiempos no se haya hecho de ella el aprecio, y caudal que se merece. Los desaciertos que en ella se cometen, no deben ceder en menosprecio de esta facultad, debiéndose atribuir á la falta de ingenio de los que por su propio capricho se dedicaron á esta profesion. Esta misma fué la causa de que Provincias, y Reynos enteros se conjuraron á desterrar de sus dominios á los Médicos,

declarando esta guerra no á la ciencia, que procede por medios ciertos, y seguros, sino al mal uso que algunos hicieron de ella; pues como claramente dice Plinio: *Non rem anti qui damnaverunt, sed artem*. Concluyamos todo lo dicho en el presente articulo con aquel consejo que da á los enfermos el corifeo de todos los Médicos Hipócrates: *Que huyamos del Médico sabio, y mal afortunado, y nos curemos con el simple, y dichoso.*

ARTICULO XIX.

I. Declárase que ingenio pide el arte de la Milicia. II. Señales por donde se conoce ser uno buen Capitan.

Esta sociedad política, en que el hombre se halla constituido por naturaleza, le pone en la precisa obligacion de tratar con diferentes géneros de personas, que son buenos, y malos, amigos, y enemigos. Con los amigos trata el hombre como unidos con él con los lazos estrechos de una amistad, y voluntad mútua, que le mueven á mirar por sus intereses, como si fueran propios suyos, y ayudarle con todos los auxilios, que alcanzan sus fuerzas. Una de las cosas que mas contribuyen á conservar este enlace, y humana sociedad, son las ciencias, que no solamente tienen por objeto el bien universal del género humano en los conocimientos que enseñan, sino el particular de aquellos, con quienes tratamos. Son las ciencias, consideradas con relacion á lo político, los vínculos con que se unen entre sí los diversos miembros que componen esta sociedad, por medio de una mútua dependencia que tienen los unos de los otros. El Médico, necesi-

ta del Filósofo ; el Filósofo del Artesano ; el Teólogo del Jurista ; éste del Matemático , del Mecánico , &c. y así vemos que todas las facultades se ayudan mutuamente con aquella misma armonía , y dependencia , que observamos en los diversos miembros del cuerpo. En los cuales vemos que ninguno por alto , y noble que sea , niega la necesidad que tiene de los que estan en lugar baxo , y despreciable : ni el pie se revela contra la cabeza , ni la cabeza desprecia al pie ; ni la mano rehusa llevar el alimento á la boca , ni ésta enviarle al estómago , ni el estómago dexa de pagar á todos los miembros su trabajo , y confesar la dependencia que de ellos tiene , con una económica distribucion , y repartimiento del alimento corporal. En prueba de que una República , un Reyno , un cuerpo político debe guardar la misma armonía , y trabazon , que puso la naturaleza en el cuerpo del animal , basta el considerar , que en aquella desunion , y discordia , que en aquellos primeros tiempos del Imperio Romano separó de los Senadores á la plebe , retirándose ésta al Aventino , enviaron los Padres á Menenio Agripa , para que reconciliase aquella multitud alborotada con el Senado. Llegado este embaxador á presencia del pueblo , nos dice Tito Livio , que no usó de otro razonamiento , ni les dixo otras palabras , que contarlos la siguiente fábula. “Quando los miembros del cuerpo humano , dixo , no conspiraban , como al presente , á un mismo fin , sino que cada miembro tiraba por distinta parte , y tenia su distinto modo de pensar , formaron queja las demas partes , de que con su industria y trabajo buscaban el alimento al vientre , y que éste puesto en medio de todos , no hacia mas que disfrutar quieto , y

„sosegado de los regalos , que todos le procuraban. De aquí sucedió que todos se mancomunaron , y conviniéron ; la mano para no llevar el manjar á la boca , ésta para no recibirle aun quando se lo diesen , y los dientes para no mascarlo. Mientras conjurados de esta manera , quieren domar al vientre , cada uno de los miembros , y todo el cuerpo viniéron á su última destruccion. De este modo viniéron á conocer que el vientre no estaba ocioso , y que no menos él alimentaba á todos los demas miembros , que ellos á él ; pues repartia con el cocimiento del manjar á todas las partes , y venas del cuerpo esta sangre que nos da la vida. Cotejando de aquí quan semejante era esta conjuracion á la ira del pueblo contra el Senado , calmó á aquella multitud.”

Como todas las Repúblicas , y Reynos del mundo tienen entre sí la misma dependencia , que los miembros de una ciudad particular , se mantendrá el mundo en una paz inalterable , siempre que se conserve este mútuo enlace , y reconocimiento de la necesidad , que los unos Reynos tienen de los otros ; pero violada que sea esta sociedad comun , ya se perdió la tranquilidad , y concordia , que enlaza á los hombres entre sí ; y luego entra la guerra , que llena de todo género de males al universo. Mal por sí tan grande , y de tan funestas conseqüencias , que él solo basta para arruinar en poco tiempo los inmensos bienes , que hicieron feliz una Monarquía , y que atesoró la paz inalterable de infinito número de años. Una de las cosas , que mas padece en tiempo de guerra son las ciencias , por las que diximos se conserva la comunicacion sociable con aquellos , con quienes estamos en paz. En todo

el discurso de esta obra hemos hablado del modo de emplear en ellas el ingenio del hombre: ahora decimos, que siendo necesario su estudio, y ciencia particular para tratar con los enemigos, que son la segunda clase de personas, con quienes tenemos relacion en este mundo, se hace tambien necesario determinar la manera de ingenio, que para estos lances se requiere. Esto tanto mas, quanto el fin, y término de la guerra, que muchas veces es inevitable, es el que ha de decidir de la suerte de conservacion, ó destruccion de un imperio, y cuerpo político. El oficio de Capitan es el mayor empleo, y mas alta profesion, que puede haber en una República, porque todos ponen en sus manos la conservacion de sus vidas, y haciendas. Tanto es el cuidado, y diligencia que se debe poner en la eleccion de quien tenga el ingenio, y disposiciones necesarias para oficio tan importante.

Quanto aprecio hayan hecho del arte militar todas las Naciones del mundo, lo vemos claramente por todas las historias. Uno de los mayores beneficios que Dios hizo al pueblo de los Hebreos, fué el darles valerosos Capitanes, y Caudillos, que le defendiesen, y pusiesen á cubierto de sus enemigos. Los Romanos, si llegaron á tal punto de gloria, y engrandecimiento sobre los demas pueblos, como sabemos, fué por el valor de sus armas, y por el esmero, que pusieron en hacer eleccion de buenos Capitanes, en quienes concurriesen todas las calidades de un General de ejército, y que deben acompañar á un buen soldado. Este buen acierto que tuvieron, fué la causa de quedar siempre vencedores, aunque siempre estuvieron en guerra continua, pues en todo el tiempo que duró la República, solas dos,

ó tres veces leemos, que se cerraron las puertas de Jano. De aquí es que los mayores premios, y honras siempre se han reservado en todos tiempos, y en todas las Naciones del mundo á los mas valerosos Capitanes.

La dificultad está en saber ¿por qué motivo han sido siempre honrados, y premiados los muy esforzados con preferencia á los que han sobresalido en otras habilidades? y por que las Naciones guerreras han tenido mayor reputacion, y gloria, que otras muchas que se han aventajado en ciencias? Y ciertamente mas engrandecemos, y aun admiramos á un Capitan valeroso, que á un Filósofo, á un Matemático, por muy consumados que estos sean; y en la carrera de las armas qualquiera se lleva los aplausos de todo el mundo, mas que en alguna otra profesion. Para satisfacer á esta pregunta, que no dexa de ser muy curiosa, es necesario suponer que todo hombre naturalmente desea gloria, y ensalzamiento; ser señor de los demas hombres, y que todos se le rindan, y sujeten. Todo lo qual por ningun otro camino se logra mas pronto que con ser el hombre muy esforzado, y conseguir muchas conquistas, y victorias de los enemigos. La victoria le pone al hombre en un estado de dominio, y señorío sobre sus iguales por condicion, y naturaleza; haciéndose temer, y respetar de los enemigos, amar, y buscar de los que quieren poner á cubierto su vida; lo qual no consigue el hombre por ninguna otra profesion, por muy consumado que en ella sea. Juntase á todo lo dicho, que las ciencias son cosa de que muy pocos entienden, pero de valor, y fortaleza ninguno hay que no presuma entender. Aun por esta misma razon ordinariamente vemos, que el hombre natu-

ralmente se sonroja quando le zahieren de tímido, y cobarde: bien que algunos se pasan ya de raya en esta necia opinion que tienen de la fortaleza, queriendo ántes pasar plaza de malos, y criminales, que de cobardes; por donde vienen no pocas veces á arrojarse á injusticias, y violencias, que por ningun caso debieran hacer, á trueque de que no les den en cara con su cobardía. A lo ménos es evidente, que en caso de hacer ventaja, el vulgo mucho mas admira al que excede en fuerzas, y valor, que al que aventaja á todos en ciencia, por muy sabio que sea. Platon, Sócrates, y los demas insignes Filósofos solamente son admirados, y engrandecidos por el muy corto número de los sabios; pero no hay ninguno en el mundo, aunque sea muy baxo, que no tribute la mayor veneracion á Alexandro, Escipion, Anibal, y otros consumados Capitanes. Aun no sé si por esto mismo el vulgo tuvo siempre tanta inclinacion á los libros de Caballería, y manifiesta tanto placer en oír esfuerzos, y valentías, aunque sus autores sean héroes supuestos, y fabulosos. Bien es verdad que, como diremos en su lugar, el oficio de Capitan no tanto va en fortaleza, quanto en otras muchas prendas que deben acompañarle para el buen acierto de la guerra.

Ahora vamos á probar que el arte militar no es obra del entendimiento, ni memoria, sino de la imaginativa. Y como toda esta ciencia consiste por la mayor parte en la práctica, pongámonos delante dos caudillos de aquellos, cuyas hazañas fuéron mas celebradas en el mundo, quales fuéron Alexandro, y Darío. Observemos con atencion todos los movimientos, é intenciones de estos dos Capitanes, y todo quanto ellos harian

para vencerse el uno al otro en una campaña formal, para persuadirnos de la verdad de la proposicion sentada. Lo primero pues, que se nos presenta á la vista, es una malicia astuta para atinar los pensamientos, y determinaciones del enemigo, y frustrar todos sus intentos. Quando esto decimos, no hablamos de aquella malicia culpable, que hace al hombre criminal, y que para nada bueno aprovecha, sino de los cautelosos procedimientos que se observan en una guerra, en todo quanto no se opone al derecho comun, y universal de gentes. Hecha de antemano esta advertencia, digo que la primera virtud de un gran General consiste en ser muy malicioso con su contrario, echando siempre á mal fin la intencion del enemigo, é interpretando á la peor parte quantos movimientos observa en él. Viene tan bien en este lugar la definicion que de la malicia trae Ciceron en el libro de la naturaleza de los Dioses, que de ella nos valdremos para fundar, cómo debe portarse en la guerra un buen Capitan. Dice pues Ciceron: *Malicia es una manera astuta, y engañosa de dañar á otro.*

Este doblez, y modo solapado de proceder es tan inseparable de las empresas militares, que no solamente ayuda para conocer y precaver las asechanzas del contrario, sino que aprovecha para ponernos delante, é inspirarnos todos aquellos medios, trazas, y estratagemas con que podamos engañarle, y hacerle creer todo lo contrario de lo que intentamos. Toda la habilidad de un diestro Capitan consiste en llegar á la victoria por el camino mas breve: quiero decir, con el menor daño, y menoscabo de los suyos. Todos aquellos ardidés, que le conducen al fin que desea con el mayor ahorro de sus soldados, no solamente son

lícitos, y permitidos en la guerra, sino que hacen muy recomendable al que los sabe poner en execucion. Y siendo así que en ningún trato sociable de la vida humana es permitido por ninguna ley el fraude, y engaño, solo en la milicia es tan al caso, que gran parte de la alabanza de un buen General consiste en emplear todo su estudio en engañar al contrario. Esta gran diferencia hay entre el amigo, y el enemigo comun, que al amigo siempre le debemos creer, y fiarnos de él, mas al enemigo siempre le debemos considerar con intencion de que pretende engañarnos, aun en aquellos lances en que parece proceder sin rebozo, ni fingimiento, y pensar prudentemente que el contrario imagina los mismos engaños, y ponernos los mismos lazos, en que puntualmente queremos meterle.

Las estratagemas de la guerra suplen el defecto de las fuerzas, y ninguno está mas obligado á usar de ellas, que el que se conoce inferior al contrario: y no pocas veces por ellas se consiguen ventajas, y aun victorias, que no pudieron alcanzar las inmensas fatigas de un innumerable ejército, y la fortaleza de los mejores soldados. Nunca debe andar mas alerta, ni emplear mas todo su ingenio el Capitan, que quando ó sus escasas fuerzas, ó su mala posicion le hacen temer con fundamento del éxito de la batalla: y un buen ardid bien discurrido á tiempo ha salvado á mayor número de soldados, que los que han podido morir á filo de espada.

Esta misma malicia, de que vamos hablando, inspira al Capitan cierta sagacidad, y maña con que ofender al enemigo con el menor daño de los suyos. Y como son tan varios los accidentes de la guerra, y se mudan tanto sus circunstan-

cias; no se pueden establecer reglas fixas, ni aprender especulativamente el modo de usar de esta sagacidad, pero el que la tenga, puesto en la ocasion, discurrirá muchos mas medios, y trazas para ofender sin ser ofendido, que los que puedan enseñar todos los artes del mundo. Todas las Naciones en la eleccion de caudillos para la guerra siempre tuvieron gran cuenta con esta sagacidad maliciosa, pronta en inventar los medios mas oportunos para ofender, y precaverse. Y para que ninguno imagine que semejantes engaños, y falacias solo pudieron pasar entre gentes, que no tenían Religion, baste entre otros, traer á la memoria aquel hecho heroico de Judit canonizado por la santa Escritura. Viendo esta heroyna al pueblo de Dios oprimido de tantos males, y hostilidades del ejército numerosísimo de Holofernes, y que toda la Ciudad de Betulia iba á ser sacrificada, con un solo engaño que discurrió, consiguió lo que no era posible, aunque se hubieran multiplicado las fuerzas de los suyos. En un apuro tan grande como el que los estrechaba, no halló otro recurso, que el salirse como fugitiva de la Ciudad ácia el campo enemigo. Hecha prisionera, y conducida á la presencia de Holofernes, logró persuadirle, que iba huyendo de la muerte que aguardaban los suyos; y que mas prudente que ellos, queria conciliarse la misericordia de quien habia de ser vencedor seguramente dentro de pocos dias. Tuvo tal habilidad para pintar aquel su fingimiento; que halló ocasion para cortar la cabeza al caudillo, y poner en libertad á su patria.

Ahora pues, ninguno puede dudar, que todos estos engaños, ardidés, y estratagemas son obra de la imaginativa, y no del entendimiento. Para fingir semejantes embustes, y trazas, pintando

las cosas con unos colores tan vivos, y aparentes, que hagamos creer al enemigo lo que no hay, debe el hombre tener una imaginacion muy fecunda, y que no se agote tan pronto. Como muchos de los ardidés militares son ya sabidos, si el enemigo conoce nuestro intento, y por donde pretendemos engañarle, es necesario mudar de medio, é inventar otras trazas, que vengan mas al caso. Es necesario tambien saber cuánto tiempo conviene seguir y llevar adelante una estratagemá; cuándo convendrá dexarnos herir, y aparentar algun desacierto para empeñar mas al enemigo, y dar despues contra él con mas ventaja. Por eso hemos probado con la experiencia en el discurso de esta obra, que todos aquellos que son astutos, y mañosos lograron esta manera de ingenio; y ahora añadimos, que un Capitan sagaz, caviloso, doblado, embauidor, taymado, y que sabe tener entretenido al enemigo con falsas esperanzas, prueba tener una imaginacion de muchos quilates. Para confirmacion de esta verdad, debemos saber dos cosas: la primera, que esta milicia, doblez, y fingimiento, con que es preciso proceder en la práctica de la milicia, tiene mas proporcion, y parentesco con la imaginativa, que con el entendimiento. El temperamento de aquella potencia es ardoroso, vivo, y eficaz, y su misma agitacion mueve al hombre á buscar diversos caminos, y engaños para ocultar lo mismo que intenta, y desca. El temperamento del entendimiento no es tan pronto, iniquito, ni desasosegado, como que no consiste en calor; y así esta potencia procede con mas lentitud, y llaneza en sus tratos, y no sabe mas camino que el de la verdad, y sencillez. Así vemos, que no es propio del hombre de mucho entendimiento engañar á ninguno, sino á

tes bien manifestar claramente su sentimiento, y modo de pensar sin andar con rebozo. Y por lo mismo tambien suele suceder, que los tales suelen creer qualquier engaño, y fiarse mucho mas de qualquiera, pues como su ingenio camina con tanta sinceridad, entiende que los demas son así, y que, como comunmente se suele decir, todo el mundo lleva el corazon en las manos. Al contrario el que tiene buena imaginativa para fingir, aparentar, rebozar, y dorar la mentira para que parezca verdad, y engañar á los demas, no cree, ni se fia fácilmente; haciéndole su mismo ingenio pensar, que los otros son semejantes á él. Y para que entendamos quan propio es de la imaginativa aparentar lo que no hay, y hermosear la mentira, hagamos reflexion sobre las ficciones de los Poetas, que lograron este mismo ingenio, las quales en fuerza de una imaginacion fecunda, tienen tantos visos de verdaderas, y estan tan bien vestidas, que al mismo tiempo, que entendemos ser cosas fabulosas, y falsas, nos deleyta el leerlas.

La segunda cosa, que confirma aun mucho mas, lo que vamos probando, es la etimología de la palabra *versutia*, nombre que pusieron los Latinos para significar el engaño, y astucia. *Versutia* toma su origen del verbo *verto*, que quiere decir *volver*, y *revolver*, cuya etimología nos avisa, que sus efectos solamente se pueden atribuir á una potencia, que consista en calor, y esté en continua agitacion, y movimiento, como sucede con la imaginativa. Quando oimos decir que un hombre es muy astuto, ya desde luego comprendemos, que tiene mucha habilidad para engañar, y precaverse de qualquier engaño. Ciceron hablando de Chrisipo, dice: *Chrisippus homo sine du-*

bio versutus, et callidus; versutos appello, quorum celeriter mens versatur. La qual explicacion viene tan de molde, que desde luego nos dice, que el moverse de una parte á otra, el andar de aquí para allí trazando, é inventando medios, es peculiar de la imaginacion, que obra con mucha prontitud, y ligereza, miéntras que el entendimiento es mas quieto, y pausado en sus obras. Aun mas que con lo dicho, se prueba que los engaños, y astucias no pertenecen al entendimiento, sino á la imaginativa, con aquel lugar de Ciceron: (Libro prim. de los of. c. 19.). *Scientiam, quæ est remota à justitia, calliditatem, non scientiam appellandam;* pues así como el hábito de la ciencia pertenece á la mejor manera de ingenio, que es el entendimiento, así la astucia, y sagacidad para engañar, es propia de la imaginativa.

Con dos géneros de personas, diximos arriba, que nos vemos obligados á tratar en este mundo, que son buenos, y malos. Para tratar con los primeros es necesaria la simplicidad, y llaneza del entendimiento, en los cuales no hay rezelo de ningun engaño, ni hay que usar de ninguna doblez, ni estratagema. Para los segundos es necesario valerse, y muchas veces no alcanza, de toda la prudencia, y sagacidad de una ingeniosa imaginativa, para conocer, y precaverse de qualquier engaño. Quando Jesu-Christo enviaba á predicar á sus Discípulos por todo el mundo, en que por necesidad tenían que tratar con buenos, y malos, no dexó de encomendarles esto mismo, advirtiéndoles, que tuviesen *simplicidad de palabras para con los buenos, y prudencia, y sagacidad para libertarse de los tiros de sus enemigos.* El Eclesiástico nos aconseja tambien esta manera

de imaginativa para adivinar las trazas, y artificios de los que pretenden engañarnos: *Nunca te fies (dice cap. 12.) del enemigo, cuyas palabras son sabrosas, y dulces, pero en su interior arma asechanzas para dexarte caer en la trampa: él anda con lágrimas en los ojos, pero si encuentra ocasion, no se hartará de beber sangre.* Es tan necesaria esta cautela, y sagacidad de la imaginativa, que muchas veces podrá dañar al Capitan el mucho entendimiento, que es naturalmente potencia mas inclinada á la credulidad, pero la imaginativa como mas viva, y adivinadora sabrá conocer si los tratos, y conciertos del enemigo van acompañados de buena intencion, ó si llevan encubierta alguna maraña, y fingimiento; y la misma potencia, que sabe descubrir la doblez, y astucia, podrá tambien imaginar algun engaño para entretener al enemigo.

De Anibal aquel famoso, y guerrero Capitan, que tanto dió que hacer á los Romanos, nos dice Tito Livio, y Cornelio Népote, que alcanzó esta manera de ingenio sagaz, con que inventaba nuevos medios, y artificios para deslumbrar, y sorprehender al enemigo. Y ciertamente nunca él hubiera conseguido tantas ventajas, haciendo la guerra en pais extraño, y tan apartado de Cartago, si no tuviera bien aprendida esta arte de engañar, y acometer al contrario con astucias, y fingimientos. Quando hallaba oportunidad para ello, usaba de todos sus artificios, no acometiendo de frente, ni á las claras, sino por rodeos, y con celadas, que es una de las cosas que debe tener muy presentes qualquier Caudillo para no aventurar sus soldados. Tenia tanto tino para inventar estos ardidés, y tanta seguridad de que le saldrían bien, que decia á Magon su hermano, y

á sus soldados: *Habebitis hostem cæcum ad hæc artes belli.* Así fué, que le salían tan prósperamente los sucesos, y mostró tener ingenio tan particular para la guerra, que aun entre los Romanos quedó como en proverbio la *astucia Cartaginesa.* Los buenos Capitanes, dice Vegecio, *nunca pelean en campo raso, donde el peligro es comun, sino que acometen desde emboscadas, para coger, ó á lo ménos aterrar al enemigo con la menor pérdida de los suyos.* Bien viene aquí aquel dicho de Agesilao, *que el guardar las alianzas, y conciertos siempre es bueno, pero el engañar al enemigo siempre es útil, y provechoso.*

Una de las cosas que mas aprovechan en la guerra despues de lo dicho, es el uso de la artillería, que es el único medio para decidir una batalla, ó conquista de una Plaza. Bien conocidas son las ventajas, que el ingenio de Arquimedes natural de Zaragoza de Sicilia acarreo á su patria durante el sitio, con que la tenia oprimida Marco Marcelo, Capitan Romano. La invencion de sus máquinas ingeniosas con que desbarató en un momento las que arrimaba Marcelo para combatir la Ciudad sirviéron de tanto, que segun la expresion de Tito Livio, aquel solo hombre fué la causa ya que no de la conservacion de los Siracusanos, que al cabo tuviéron que rendirse á la superioridad del enemigo, á lo ménos de que el sitio se prolongase por mucho tiempo. Hasta el mismo contrario conoció los grandes talentos de este Príncipe de los Matemáticos para la guerra; pues como Marcelo estuviese seguramente confiado de tomar la Ciudad, echó un bando á sus soldados para que todos salvarsen la vida de Arquimedes; pero uno de ellos, que no le conocia, le mató, mientras estaba profundamente entrega-

do á la contemplacion de los misterios de la Matemática.

Todas estas invenciones, que el hombre ha discurrido para dañar, y ofender á su contrario, nadie duda, que son obras de la imaginativa, y aun por eso les damos el nombre de *ingenios* de guerra, é *ingenieros* á los que practican, y exercen aquella utilísima parte de la Matemática, que enseña todo lo dicho. Aunque esta palabra ingenio es comun á todas las potencias del alma, que se emplean en el conocimiento de Artes, y Ciencias, con todo eso quando oimos decir, que un hombre es *ingenioso*, luego entendemos que tiene una excelente, y fecunda imaginativa para inventar diversos medios, instrumentos, y máquinas, con que facilitar sus obras. Y para que entendamos, que esta potencia de la imaginativa es la que ha enriquecido todas las Artes con sus maravillosas invenciones, pongamos los ojos en las ciencias, que se comprehenden baxo el nombre comun de Matemáticas, y hallaremos, que todas ó la mayor parte de ellas son producciones, y efectos de esta manera de ingenio, y que sola la imaginativa trabaja en las artes, que le son subalternas, y que entre todos los conocimientos humanos tienen mas vasta extension. Sobre todo debe entenderse esto de aquellas que consisten en buena figura, simetría, y correspondencia, que son los objetos de la imaginativa, como diximos arriba.

El mismo ingenio le ha de enseñar al buen Capitan, de qué manera debe colocar, y distribuir sus tropas para no ser vencido en caso de hacer el enemigo algun acometimiento. Esto, que alguno pudiera tenerlo por una advertencia pueril, es de tanta consideracion en la guerra, que

no pocas veces exércitos muy pequeños, pero bien ordenados se han burlado de muy superiores fuerzas de enemigos. Para lo qual aconseja Vegecio, que se debe conocer el lugar que cada uno ocupe, colocando los mas esforzados en donde es mayor el peligro, que es la vanguardia, y retaguardia, dexando los mas flacos para el centro. ¿Qué mas? aun en el modo, y órden de las marchas, en los movimientos arreglados, y uniformes, que debe observar todo el exército, en adelantarse, y saber retroceder á su tiempo, y en otras cosas como estas, que ocurren, debe ser tan acertado un buen General, que mas de una vez depende la victoria de semejantes accidentes. Debe tambien tener muy conocido el lugar, el tiempo, y la ocasion para poner en execucion todo lo que especulativamente sabe del arte militar; todo lo qual consiste en cierta figura, y consonancia. Y así como diximos que al Médico de grande entendimiento, y teórica no le aprovecharán cosa ninguna aquellos conocimientos universales, si carece de tino mental al tiempo en que llega á curar al enfermo, no de otra manera aunque el Capitan tenga mucha ciencia militar, arriesgará su exército si no se ayuda de la buena imaginativa para atinar en el momento, que va á poner en práctica lo mismo que sabe especulativamente. Esta prudencia, y sagacidad de la imaginativa es tan necesaria en la práctica de la guerra, que aun por eso quieren muchos decir, que la mucha fortaleza á veces puede dañarse, si no es bien dirigida, á las mayores empresas, haciendo temerario al que manda á un exército. A lo ménos entre todos los Capitanes Romanos ninguno mereció tanto la aprobacion del Senado, ni dió tanto que pensar á Anibal como

aquel célebre Q. Fabio á quien su acertado modo de pelear le dió el sobrenombre de *Detenido*; el qual era tan mirado, y rehusaba tanto el trabarse con Anibal, que nunca entraba en batalla, sino quando tenia adelgazadas las fuerzas de su contrario con su tardanza, y seguridad de la victoria. Todo era andar por las alturas, y montes, sin querer baxar á tierra llana, para hacer caer á Anibal con sus dilaciones en necesidad de dineros, y provisiones. Muchos censuraban su modo de guerrear hasta motejarle, diciendo, que era el *Ayo de Anibal*; pero solamente la sagacidad de Fabio pudo sacar de sus ahogos á su Lugarteniente, y grande émulo Minucio, el qual como carecia del ingenio de Máximo, aunque mas determinado, ó por mejor decir, temerario, tachábase de cobarde.

Mejor conoció su ingenio sagaz, y militar Anibal, el qual como no pudiese hacerle baxar á campo raso, envió á decirle: *Si tú fueras tan grande Capitan, como deseas parecerlo, deberias seguramente baxar á tierra llana.* La respuesta fué: *Si Anibal fuera tan grande, como cree serlo, ya me hubiera obligado á que dexando las alturas, pelease.* Ciertamente, modo de pelear tan astuto, ni malicioso jamas se habia visto hasta los tiempos de Q. Fabio. Qualquiera que hubiese visto á este gran Capitan con un exército tan numeroso, andándose muy despacio por lugares quebrados, y dando largas al tiempo, no diria que habia salido de Roma para pelear, y vencer á Anibal, sino para rehusar la batalla. Pero todas estas dilaciones, y entretenimientos diéron que hacer tanto á su contrario, que mas temia éste á Fabio sin pelear, que á su compañero Marcelo, que peleaba, diciendo á sus solda-

dos: que aquel nublado, que andaba por las cumbres de los montes, al cabo arrojaría su tempestad. Aquí se conoce como estos dos Capitanes peleaban de diestro á diestro; y si los engaños de Anibal diéron tanto que hacer á los Romanos, esto solamente fué miéntras la fortuna de Roma iba disponiendo otro igual ingenio militar, que por trazas, y demoras viniese á reparar quanto había perdido la inconsideracion, y demasiado fuego de los Capitanes antecedentes, segun el dicho de Enio; *Unus homo nobis cunctando restituit rem*. En pocas palabras nos describe Floro el ingenio militar de Fabio: *Reviviscentis Imperii spes Fabius fuit, qui novam de Hannibale victoriam commentus est, non velle pugnare. Hinc illi cognomen novum, et Reipublice salut. are, cunctator. Hinc illud ex populo, ut Imperatorem scutum vocaret. Itaque per Samnium totum, per Falernos, Geraunosque saltus sic maceravit Hannibalem, ut qui frangi virtute non posset, mora comminueretur.*

Por falta de esta imaginativa, que enseña al Capitan el lugar, el tiempo, la ocasion, y el modo con que ha de pelear, han desgraciado muchos las mayores empresas. Así se vió en aquel Cónsul Flamínio, de quien dice Tito Livio, que por ser tan inconsiderado, y temerario nó solamente perdió el ejército, sino tambien la vida. *Itaque satis apparebat nec Deos, nec homines consulentem ferociter, ac præpropere omnia acturum.* Si él hubiera admitido los consejos, que le daban sus Capitanes, nunca Anibal hubiera conseguido tantas ventajas; pero este es un vicio harto comun en los que tienen mucha especulativa, que en lo que saben, estan tan amancebados con su propio dictámen, que nó admiten consejo de nin-

guno, hasta que la misma experiencia, y sus mismos desaciertos les avisan, que nó hay hombre tan sabio, ni entendimiento tan grande, que en el momento de llegar á la práctica, nó tenga que apartarse algun tanto de aquellas reglas universales, que sabe por especulativa. Todos los dias estamos viendo en esta, como en las demas artes, hombres de una carrera muy brillante, que han gastado toda su vida en el estudio de la Milicia en Colegios, y puestas despues á mandar, se dan tan mala maña, y se les luce tan poco toda su ciencia, que nó se les puede confiar una compañía. Al contrario hay otros de aquellos, de los que dicen comunmente que tienen *ingenio militar*, los quales aunque en toda su vida salieron de soldados rasos, ni se criaron en Colegio podrian muy bien ponerse á la frente de un ejército. Yo bien veo, que de los tales nó se suele formar gran concepto de su pericia militar, solo porque nó han seguido carrera; pero tambien es innegable, que el tino, y acierto en la guerra nó se aprende en los libros, sino que lo da la naturaleza. Solo el que tenga las qualidades de un gran General, podrá hacer discernimiento de los ingenios que naciéron para la guerra. Las astucias de Quinto Fabio le obligaron á Anibal á exclamar: *¿Tambien los Romanos tienen su Anibal?*

II. Por todo lo dicho podremos conocer quanto conviene nó equivocarse los ingenios, que cada cosa pide en particular. Y como este ingenio, bien mirado, nó sea otra cosa, que la inclinacion de la misma naturaleza de cada uno, es necesario observarla atentamente, y ver lo que ella nos dice por medio de las señales, y calidades del sugeto, que se ha de aplicar á una

facultad, ó exercicio. Bien entendido, que si desde el principio se yerra esta eleccion, aplicando por exemplo al arte de la guerra el ingenio, que nació con inclinacion particular para el estudio quieto, y sosegado de las ciencias, se cometeria tan gran yerro, como si para ver aplicasemos el sentido del olfato. Al contrario de Hernan Cortés, á quien la naturaleza le concedió ingenio de gran Soldado, y Conquistador, diximos en otro lugar, que era tan negado para las letras, que puesto á estudiar en Salamanca, no pudo dar un paso en las ciencias, y aburrido tuvo que abandonar los estudios, y aplicarse á las armas, para lo que le llamaba la naturaleza. Resta solo ahora hacer una breve reseña de las señales, por donde nos podremos guiar para conocer, que alguno tiene ingenio propiamente militar.

Sea la primera, cierta serenidad de ánimo, que manifiestan los que lograron esta suerte de ingenio. Un hombre, que se perturba, que se altera, y se le amontona el juicio en qualquier peligro por pequeño que sea, es ineptísimo para la práctica de la Milicia, en donde acaecen movimientos, y accidentes tan contrarios, que necesita el soldado de la mayor presencia de ánimo para el acierto. No quiero decir con esto, que el hombre tenga tal insensibilidad en los casos adversos, y á vista del peligro, que toque ya en un Estoicismo intolerable, y afectado, si es que ha habido semejante casta de Filósofos, que hayan podido desnudarse de los movimientos mas naturales, y dar, como dicen los Griegos, en una *apatia* ridícula, que constituye al hombre en una naturaleza de piedra. Una de las cosas, que indican la viveza del ingenio humano, es el manifestarse sensible á vista de lo que le puede ofen-

der; pero entre la indolencia, y un miedo mugeril, ó una precipitacion alborotada hay un medio, que podremos llamar constancia. Esta firmeza, y serenidad es tan característica del varon, que al que le falte, no le podemos tener por hombre de esfuerzo. Quando tratamos de esta primera virtud de un General, no hablamos precisamente de la timidez, ó demasiada cobardía, sino que debe estar exênto de todos aquellos efectos, que le impidan estar muy sobre sí en medio del peligro. Entre otras muchas leyes grandes que tenian los Cartagineses, era una, que prohibia enteramente á sus Generales el uso del vino. El fin que se propusieron en semejante prohibicion, debió ser sin duda, que el General estuviese muy sobre sí para acordar lo que piden las circunstancias del tiempo. Aunque es verdad, que este licor tomado con moderacion suele poner en movimiento la imaginativa, tambien es cierto, que el menor exceso basta para anublar la razon, haciendo al hombre turbulento, y precipitado en sus determinaciones. Así vemos en los convites, que al principio de la comida todos observan el mayor silencio, y cordura; pero desde el medio en adelante comienza la loquacidad, y soltura de lengua, que es el mayor indicio de la perturbacion de la imaginativa. De donde podemos inferir, que el uso de los licores, al paso que ayuda á los Poetas, que necesitan de acalorarse, y enagenarse algun tanto de los sentidos para exercer su arte, daña sobremanera á la imaginativa del Capitan, que debe obrar con mas consejo, y sagacidad. Esta serenidad de ánimo de que necesita el exercicio militar, no hallo otra cosa mejor, á que compararla, que á la práctica de la medicina, en

donde no tanto se requiere, que el Médico sepa mucho, quanto que no se confunda, y altere con la multiplicidad de movimientos, y síntomas contrarios, que le presenta la dolencia del enfermo.

La segunda señal, que ponemos del ingenio militar, es que el hombre no sea muy valiente. Algunos quiza tendrán esta proposición por una muy extraña paradoxa, pero bien examinada, hallaremos, que no es incompatible con la fortaleza precisa para la práctica de la guerra, en que se requiere mas maña que fuerza. Platon tiene por una señal muy clara de ser uno buen soldado, el no ser muy esforzado. Si esta opinión tenia lugar en la Milicia antigua, donde el esfuerzo valia tanto, que no habia otro recurso, que morir ó vencer á fuerza de brazo, mucho mas deberá entenderse de la presente, en que ha variado infinitamente la práctica de la guerra; en que los ardidés, y tretas del ingenio humano se burlan de toda la fortaleza de los enemigos; y finalmente en la que un niño puede quitar la vida á un gigante. Podrá reponer alguno: esto lo mas que prueba es, que en la milicia moderna aprovecha mas la sagacidad, y astucia de la imaginativa, que el esfuerzo, y valentía; pero si se juntan ambas á dos cosas, hará prodigios un General de ejército. A esto respondemos, que en el soldado, que no tiene mas que obedecer, y practicar lo que le mandan, nunca daña el mucho valor; pero en el Capitan, que tiene que dirigir todos los movimientos de un ejército, no es el mejor indicio el ser muy esforzado. No pretendemos tachar aquí el esfuerzo segun es en sí, quando va nivelado con la prudencia, que entonces es virtud militar, y de las principales; aten-

to á lo qual dice Aristóteles, y dice muy bien, que el acto de la fortaleza mas es defender, que acometer. Hablamos únicamente de aquella valentía pronta, y precipitada con que el vulgo ignorante gradúa al hombre de esforzado, no mas que porque ven empeñarse á uno en alguna acción arriesgada, sin echar ojo á la salida. Lo qual ántes lo llamaria yo arrojo, y temeridad, que fortaleza. Así leemos de Scipion Africano, que muchas veces dilatava la batalla, pudiéndola el dar; y dado caso que se lo atribuian á mengua, y timidez, con ello, como él decia, compraba la conservación de su hueste.

Veamos pues ahora una Filosofia muy particular, que debemos tener muy entendida para el entero conocimiento de lo que pretendemos probar. Entre las quatro virtudes humanas prudencia, justicia, fortaleza, y templanza, las dos mas prontas, y executivas de su naturaleza parecen ser la justicia, y fortaleza, y las otras dos mas sosegadas, y pausadas en sus obras. La justicia parece pedir de suyo la pronta execucion del rigor de la ley, sin admitir ninguna dilacion. La fortaleza del mismo modo es tan poco sufrida, que luego al punto quisiera arrojarse al riesgo; y si bien sirve de freno á la audacia, y pone espuelas á la cobardía, pero parece holgarse mas con embestir, y acometer, que con rehusar, y detenerse. Por donde vemos que los muy valientes huelgan de empresas grandes, y dificultosas, de riesgos, y peligros, en que hacer alarde de su valentía, y así sienten los tales que alguno les vaya á la mano, y ponga cortapisa en lo que emprenden. Y así como la naturaleza puso en el cuerpo animal aquellos quatro humores de contrarias calidades, para que los

unos sirviesen de contrapeso á los otros, así tambien hay en el hombre estas quatro virtudes, de las quales las dos prudencia, y templanza, que son de mas espera en el modo de obrar, sirviesen como de rémora á las otras dos, que son mas prontas en sus movimientos. Por tanto diximos arriba que el ingenio que obra en la guerra, no tanto consiste en acometer, y atacar al enemigo, quanto en engañar, entretener, y dar largas al contrario hasta asegurar el golpe, ocultándole con una prudente sagacidad nuestras intenciones. Todo lo qual es imposible en el hombre muy determinado, porque su misma valentía le empeña en una batalla, que tal vez le acarrea mucho mas daño que provecho. Todo esfuerzo, que no se aconseja con la prudencia, é imaginativa, termina en un arrepentimiento vergonzoso. Loaban delante de Caton á uno de muy atrevido, y osado, y en cosas de guerra muy esforzado. Sobre esto dixo Caton: "Muy grande diferencia hay, y mucho va en estimar la virtud, ó en menospreciar la vida." Con lo qual quiso dar á entender, que no se debian llamar fuertes los que menosprecian la vida, y no estiman de ponerla al tablero por quita allá esas pajas. Esto se entiende, quando la inclinacion del hombre es tan fogosa, que es muy dificultoso sea refrenada por la razon. Juntase á todo lo dicho, que como dice Hipócrates, el temperamento, que hace al hombre prudente, y cuerdo, es diametralmente opuesto al que le hace valiente, y atrevido; como nos lo da á conocer la misma experiencia en los de cortos talentos, los quales toda su gloria la ponen en aquellos ejercicios que dependen, y acreditan las fuerzas del cuerpo. Al contrario los muy sabios, ó son muy cobardes de ordinario, ó á

lo ménos no hacen alarde de valentías como los de cortos alcances.

Otra de las señales mas ciertas de haber el hombre nacido con ingenio acomodado para la guerra, es el ser de condicion no muy apacible. No queremos decir con esto que el carácter de un gran soldado es el ser cruel, áspero, é inhumano, porque semejante condicion no sé que aproveche para otra cosa que para un cómitre de galera. Lo que decimos es, que como el temperamento de la imaginativa, segun los grados de calor, que pide el ingenio militar, de suyo demuestra, y pide la irascible muy levantada, no hay índole mas expresiva de este ingenio que lo que el vulgo llama *viveza de genio*, que es efecto de una imaginativa muy pronta. Los que lográn este temperamento, suelen ser impacientes, descontentadizos, y poco sufridos quando las cosas no van puestas en razon, y no les hacen buena consonancia. A los tales su misma naturaleza pronta, y eficaz, su mismo ingenio, y lo mucho que ellos alcanzan, les trahe inquietos, y desasosegados, quando los demas no obran con acierto, y tino. Todo lo contrario se nota en los que son de cortos alcances, en los quales no les hace la menor mella el ver que las cosas van mal guiadas, y dirigidas: ellos no salen de su paso, ni pierden su quietud, aunque vean los mayores despropósitos; lo qual así como arguye un temperamento muy frio, así tambien prueba que carecen de imaginativa que descubra el error, y disonancia de lo malo que estan viendo; y como en ellos esto es naturaleza, y complexión de humores, por mas que se les advierta, y ponga delante el desacierto, nunca se inquietan, ni mudan de condicion, porque no está en su mano.